

JOSUÉ

Lección 3 - Introducción Conclusión

Espero que estén disfrutando de nuestro paseo por la historia de Israel mientras nos preparamos para pasar del estudio de la Torá al estudio de lo que se conoce como los libros de los Profetas Anteriores. Los Antiguos Profetas comienzan con los libros de Josué y Jueces.

La semana pasada vimos una de las profecías más profundas, que sacuden la tierra y, sin embargo, poco conocida de la Biblia: la bendición de manos cruzadas que Jacob concedió a sus nietos Efraín y Manasés. Estos dos nietos eran los hijos egipcios de José; eran egipcios porque su madre (la esposa de José) era egipcia. Como parte de esta bendición cruzada, Jacob también adoptó a Efraín y Manasés de José, y los hizo sus propios hijos. De este modo pudo legalmente dar a Efraín (que era el menor de los dos nietos) los derechos de primogénito que deberían haber pertenecido al verdadero hijo primogénito físico de Jacob, Rubén.

También repasamos que dos de las 12 tribus de Israel llegaron a dominar sobre todas las demás: Judá y Efraín. Después de la muerte del segundo rey de un Israel unido (Salomón), la nación se desintegró en una guerra civil y se dividió en dos reinos gobernados separadamente: el de Efraín (típica y erróneamente llamado Israel en nuestras Biblias) y el de Judá. Efraín era un conglomerado de 10 de las 12 tribus, Judá de las dos restantes. Pero Efraín deseaba más ser como sus vecinos paganos que emular y obedecer a Dios, por lo que el Señor llevó a Asiria a conquistar el reino de Efraín y a dispersar a esas 10 tribus que representaban por todo el continente asiático (y en menor medida africano). Así nació la leyenda de las 10 tribus perdidas de Israel.

Ezequiel nos habla de un tiempo en el futuro cercano cuando Judá y Efraín regresarán de sus exilios y estarán presentes en la Tierra Prometida. Les dije que esto mismo está en proceso ahora mismo, mientras hablo, aunque pasará por algunos serios contratiempos y aún no está completado.

Así que vamos a reanudar nuestro estudio de hoy con el tiempo de Israel en Egipto.

ISRAEL EN EGIPTO

Volvamos a la época de José. Es un poco después de 1800 a.C., y las 12 tribus de Israel, ahora en Egipto, permanecerán allí durante los próximos 4 siglos. Al principio como huéspedes, luego como ciudadanos, más tarde como esclavos.

Se ha escrito mucho sobre el tiempo que Israel, los hebreos, pasaron en Egipto; la mayoría expresando escepticismo de que siquiera estuvieran allí. Curiosamente, el problema no es que no se haya encontrado un gran centro de cultura hebrea antigua en Egipto:, porque sí se ha encontrado. El problema es la cronología, la datación; según los

arqueólogos, la cultura hebrea encontrada en Egipto no coincide con la cronología bíblica de CUÁNDO se supone que Israel estuvo en Egipto; por lo tanto, muchos eruditos dicen que la historia bíblica del cautiverio y el éxodo de Israel debe ser simplemente un cuento popular.

Pero la cuestión de si Israel estuvo o no realmente alguna vez en Egipto ya no está realmente en duda: Los egiptólogos han encontrado los restos de una enorme comunidad hebrea en Egipto, en la tierra de Goshen (una región de Egipto), justo donde la Biblia dice que estuvieron. Se calcula que esta comunidad podía albergar al menos a 2 millones de personas. En los círculos científicos se la conoce por su nombre arqueológico, Tell ed-Daba. Por su nombre histórico más reciente, se llama Avaris. Y se encuentra justo al lado de Pi-Ramsés, la gran ciudad del faraón. Todo concuerda perfectamente con el relato bíblico, salvo por una cosa: debido al sistema de datación actualmente aceptado, que utiliza lo que los científicos llaman "datación regnal", es decir, datación basada en la increíblemente incompleta y a menudo infundada línea de la realeza egipcia, los arqueólogos dicen que esta ciudad de hebreos existió ¡¡¡en el TIEMPO equivocado!!!

Así que, compéndalo, debe escuchar con mucho escepticismo a A&E, History Channel, Discovery y otros, que con mucha frecuencia intentan refutar los relatos bíblicos. En efecto, los arqueólogos han encontrado muchas ciudades bíblicas, pero como los científicos quieren atenerse al anticuado y en gran medida desacreditado sistema de datación Regnal, se niegan a reconocer estos hallazgos arqueológicos bíblicos.... no porque no estén allí, sino porque supuestamente ocurren en la época equivocada.

Bien, volvamos a nuestro relato de Israel en Egipto.

La Biblia guarda silencio desde la muerte de Y'hosef (José), que murió a la edad de 110 años, hasta el nacimiento de Mosheh (Moisés), un período de unos 300 años. Las fuentes extrabíblicas indican que durante los primeros 150-200 años tras su llegada a Egipto, los israelitas prosperaron y su número creció. La sucesión de faraones semitas (no egipcios) es tolerante con los israelitas, probablemente debido a que se dan cuenta del apego familiar a estos parientes lejanos. También recuerdan, y siguen honrando, las promesas hechas por el faraón a José, los decretos de José concediendo a Israel la ciudadanía y tierras, y la posición histórica de José como una especie de salvador de Egipto...salvándolos de la hambruna. Pero ahora Egipto está sumido en la confusión. Y'hosef murió hacia 1700 a.C. Los recuerdos y las promesas pueden ser efímeros.

En esta época, Egipto estaba formado por dos naciones: El Alto Egipto y el Bajo Egipto. Además, señores de la guerra, jefes tribales, gobernaban algunas zonas dentro de los límites de la nación antes unificada. Es útil para nosotros saber que los nombres Alto Egipto y Bajo Egipto están exactamente invertidos según nuestras tradiciones actuales de indicar la dirección. El Alto Egipto está al sur, mientras que el Bajo Egipto está al norte.

Tras años de intentos fallidos por parte de decenas de facciones en busca del poder, un ejército dirigido por un general egipcio de Tebas (la actual Luxor) derroca finalmente al detestado faraón extranjero. Es alrededor del año 1600 a.C., el nuevo Faraón, un egipcio, no se siente obligado por el decreto de Y'hosef (José), de 200 años de antigüedad, relativo a los israelitas.

La necesidad imperiosa es volver a unir a la fracturada sociedad egipcia y restablecer un gobierno central fuerte. Para lograrlo se necesita una causa común. Se producen cambios.

De la noche a la mañana, la numerosa población israelita residente en Egipto se convierte en el chivo expiatorio de los problemas de la nación, y de repente se les considera una amenaza para el trono. Este escenario, con los israelitas, más tarde llamados judíos, siendo culpados de los problemas de una nación y perseguidos por ello, se repetirá una y otra vez en el futuro.

En pocos años se prohibió la propiedad privada, que había ayudado a los israelitas a alcanzar la prosperidad en Egipto en años anteriores. El nuevo faraón, un egipcio, decretó que los templos a los dioses pasarían a poseer el 20% de la tierra, y el resto pertenecería únicamente al faraón. Los campesinos no tuvieron más remedio que trabajar la tierra como poco más que siervos. La mayoría de los israelitas habían sido reducidos a campesinos.

Egipto, impulsado por un horrible recuerdo de control extranjero y vergonzoso sometimiento, protegió sus fronteras a toda costa. Pero también dirigió su odio e inseguridad hacia los "extranjeros", los israelitas, cuya población había alcanzado proporciones amenazadoras. Egipto reconstruyó sus ejércitos, destinados no sólo a defender sino a conquistar, con egipcios. Los israelitas formaron la base de la fuerza de trabajo de la clase sirviente para los ambiciosos proyectos de construcción de Egipto. El leal ejército nacionalista egipcio, junto con el trabajo forzado de los israelitas, permitió a Egipto recuperar la gloria y volver a ser un actor en la escena mundial.

Los israelitas pagaron un alto precio por los designios imperialistas de su amo. Sus vidas eran miserables y sin esperanza. El antisemitismo estaba en su apogeo en Egipto. A pesar de las condiciones imposibles en que vivían los israelitas, su número seguía aumentando, lo que alarmó a la población y al faraón. El Faraón, siguiendo un antiguo método de control de la natalidad, ordenó matar a todos los niños israelitas varones nada más nacer, para contener la marea.

MOSHEH (MOSES)

Es el año 1400 a.C. Nace un niño de la familia levita de Amram y Jochobed [Éxodo 2] (los levitas son una de las 12 tribus de Israel). Esconden al niño y, sabiendo que la guardia egipcia pronto descubrirá su secreto, se embarcan en un plan desesperado que pone el destino del bebé totalmente en manos de Dios. Una princesa egipcia, al encontrar a este bebé levita flotando en una cesta impermeabilizada en el Nilo, rescata al niño de una muerte segura, probablemente en la boca de un hambriento cocodrilo del Nilo. La princesa lo hace suyo y lo llama Mose. Nosotros le llamamos Moisés. Mose es un nombre egipcio, no hebreo, y significa "nacido de". Moshé, su nombre hebreo, significa "sacar" ..., es decir, fue "sacado" del agua del Nilo.

Moisés se crio en el palacio del faraón y sólo recibió lo mejor. Aprendió matemáticas y escritura, y se le enseñaron técnicas de lucha, contabilidad y etiqueta cortesana. Cuando cumplió 13 años ya tenía autoridad sobre los demás y ponía en práctica sus conocimientos. La mayoría de la gente de su época tenía una esperanza de vida media de unos 25 años, por lo que la madurez y la asunción de deberes útiles ocurrieron pronto según nuestros estándares. Sin embargo, todo indica que los israelitas, por alguna razón, tenían una esperanza de vida considerablemente mayor.

A pesar de algunas versiones de Hollywood que afirman lo contrario, Mosheh (Moisés) siempre fue consciente de quién era, y probablemente visitaba a su madre biológica a menudo. Incluso lo amamantó durante muchos meses después de ser arrancado del Nilo,

ya que su hermana Miryam así se lo sugirió a la princesa.

Un día, cuando Moshé (Moisés) ya era mayor, vio cómo un soldado egipcio golpeaba a un esclavo israelita. Moshé mató al guardia y lo enterró en la arena del desierto. ¿Por qué habría hecho tal cosa? Nótese que el soldado no mató al esclavo, ni lo mutiló... simplemente lo golpeó. Seguramente un soldado egipcio que golpeaba a un esclavo hebreo era un hecho común y cotidiano que presenciaba a menudo. La ley egipcia exigía la pena capital por el asesinato de un egipcio, sin importar quién fuera el autor. Moshé lo sabía muy bien. Como mínimo, Moshé desechó voluntariamente la vida real que podría haber elegido. ¿Podría ser que Mosheh (Moisés), cargado de culpa y enojado por ser considerado un mestizo tanto por los israelitas como por los egipcios, y probablemente no bienvenido en ninguno de los dos campamentos, simplemente ya no podía tolerar ver a su pueblo azotado como animales mientras él vivía una vida de lujo? En cualquier caso, Mosheh (Moisés) descubrió, para su sorpresa, que había testigos de su acto asesino, por lo que huyó del país.

No podía ir a Canaán, donde los caminos y las ciudades estaban vigilados por tropas egipcias que podrían reconocerlo; habría habido una orden de arresto contra él. En lugar de ello, se dirigió a un lugar de poco interés para cualquier nación conquistadora, y donde sólo las almas más resistentes intentaban vivir: el Sinaí [Éxodo 3]. Después de atravesar el Sinaí, cruzó al otro lado de un dedo del Mar Rojo (ahora llamado Golfo de Aqaba) y entró en la tierra de Madián, hogar de los beduinos errantes del desierto. Tras un incidente en un pozo de agua en el que Moisés protegió a unas muchachas del lugar de ser acosadas, un sacerdote madianita lo acoge y le da a su hija mayor como esposa.

Moisés se convierte en pastor de rebaños en una tierra estéril y primitiva. Pasa los siguientes años contemplando el acto impulsivo que le trajo aquí, luchando contra la soledad, intentando olvidar la vida privilegiada que una vez vivió en el Palacio del Faraón y aprendiendo a adaptarse a su nuevo hogar. Buscando respuestas a por qué las cosas son como son; si todos los dioses de Egipto son falsos, como dice su suegro Yitro (Jetro), entonces ¿quién es Dios? Tales son las cosas que pueden humillar a un hombre y hacerlo moldeable.

Pasan unos 40 años. Mosheh (Moisés), ahora de 80 años, ve un parpadeo de luz en la distancia, una ocurrencia poco común en el desierto [Éxodo 3,4]. Va a investigar. En una alta colina a la que la Biblia se refiere alternativamente como "la Montaña de Dios" y el monte Horeb (y más tarde como el monte Sinaí), Moisés encuentra una zarza que brilla como si estuviera envuelta en llamas, pero que no arde. Cuando se acerca para examinarla más de cerca, una voz atronadora le obliga a arrodillarse asustado. El Dios que había estado buscando se revela a Moshé y le dice: "Te enviaré al Faraón y liberarás a mi pueblo". Esto no es en absoluto lo que Mosheh (Moisés) tenía en mente para su vida, e informa a Dios de ello. Dios, en Su misericordia, le hace promesas. Moshé responde con escepticismo. Dios presenta pruebas. Moshé pide que se le excuse de la tarea y ofrece una excusa poco convincente sobre un impedimento del habla. Dios se enfada. Moshé acepta el encargo.

Moisés informa a su familia de su experiencia sobrenatural, toma a su mujer y a sus hijos y parte hacia Egipto. Sospecho que en algún momento decide que lo que le espera es demasiado arriesgado para su familia, y los envía de vuelta; porque algún tiempo después, mientras dirige a la liberada nación israelita a través del desierto, el Éxodo nos habla de un reencuentro entre Moshé (Moisés) y su familia.

El hermano mayor de Moshé, Aharon (Aarón), que pronto se convertiría en el primer Sumo Sacerdote de Israel, saluda a Moisés a su llegada a Egipto [Éxodo 5]. Aharon (Aaron) también ha sido visitado por Dios e informado del plan. Así pues, Aharon (Aarón) convence a los ancianos de la tribu, antes de la llegada de Moisés, de que Mosheh ha sido enviado por Dios para liberarlos. Moshé y Aharón llevan el mensaje de Dios de liberar a Su pueblo al Faraón, que rápidamente recompensa sus esfuerzos aumentando la ya mortal carga de trabajo de los israelitas. Los ancianos de la tribu y el pueblo no están contentos con este giro de los acontecimientos y culpan a Moshé. Moshé se enfrenta a Dios al respecto [Éxodo 6].

Dios, en este punto, dice algunas cosas que podrían pasarse por alto fácilmente en la historia tantas veces contada de Moshé (Moisés) y el Faraón. Pero lo que Dios dice es verdaderamente trascendental. Parafraseando, Dios dice: "Me aparecí a Avraham (Abraham), Itzjak (Isaac) y Yaacov (Jacob), pero NO me di a conocer por mi nombre: Y-H-W-H (Yehoveh). Di al pueblo israelita: Yo soy Yehoveh, os libraré de las cargas de los egipcios.....y os tomaré por pueblo mío, y seré vuestro Dios".

He aquí un nuevo comienzo. Un comienzo con una promesa de Dios a Moshé y a los israelitas, un pueblo al que Dios llama para que sea suyo. Un Dios personal que quiere ser conocido por su nombre, que detesta Egipto, ama a su pueblo y luchará por él. Este es el comienzo de la historia de Israel como nación.

Moshé visita de nuevo al faraón e insiste en que libere a los israelitas. El faraón se niega [Éxodo 7, 8, 9, 10, 11]. Moshé advierte al Faraón. El faraón no está acostumbrado a las amenazas. El Faraón se enfurece y se niega a soltar a los israelitas. La negativa del Faraón se comprende bien si se tiene en cuenta que permitir la salida de los israelitas equivaldría a destruir a toda la clase trabajadora de Egipto. Pues los israelitas no sólo representaban la mano de obra no cualificada, sino también a los mejores artesanos. Imagínese lo que le ocurriría a Estados Unidos si todos nuestros carpinteros, fontaneros, electricistas, hormigoneros, trabajadores del acero, techadores, pintores y obreros de todo tipo desaparecieran de repente. Esto es exactamente lo que Moisés propuso al Faraón.

Así que, para lograr la liberación de Su pueblo, se necesitaba algo drástico. Yehoveh ataca a los egipcios a través de sus dioses. El Nilo se convierte en sangre, las ranas inundan la tierra, los forúnculos azotan al pueblo, las langostas atacan las cosechas y, finalmente, Dios hace que el pueblo egipcio y su Faraón sientan la devastación que sintieron los israelitas en el momento del nacimiento de Moshé: todos los primogénitos mueren [Éxodo 12].

Curiosamente, esta maldición mortal se aplica también a todo el ganado de propiedad egipcia.

EL ÉXODO

Las plagas logran su propósito; el faraón cede y se despide de los israelitas. Éstos se marchan. Faraón cambia de opinión y los persigue hasta la orilla del Mar Rojo [Éxodo 14]. Atrapado, el pueblo está seguro de que Moisés ha cometido un grave error, ya que están de espaldas a las profundas aguas y no tienen escapatoria. Dios abre el mar para ellos, incluso

seca el fondo del mar, y los israelitas escapan hacia la lejana orilla. Las tropas del faraón los persiguen y se ahogan cuando las aguas que Dios abrió para los israelitas se precipitan sobre los soldados egipcios.

Se desconoce el lugar exacto del cruce, así como la ruta exacta que siguieron los israelitas al salir de Egipto. Los eruditos liberales afirman que no cruzaron el Mar Rojo, sino una gran llanura de lodo llamada Mar Rojo. Sin embargo, esto no tiene sentido porque, aunque no fuera necesario que Dios abriera las aguas para su huida, es más difícil entender cómo todos esos soldados egipcios se ahogaron en los pocos centímetros de agua que cubrían esta llanura de barro. Muchos investigadores bíblicos piensan que lo que cruzaron se llamaba, efectivamente, en aquella época Mar Rojo, pero ahora se llama Golfo de Suez.

Ha habido mucha investigación académica sobre este acontecimiento bíblico fundamental, o mejor, milagro de Dios. Y, como bien sabemos, se ha necesitado mucha fe para que la cristiandad se mantenga firme contra el consenso de opinión entre algunos de los más renombrados arqueólogos y egiptólogos de que todo el asunto es un mito improbable. En realidad, existe la mayor evidencia arqueológica de que, como mínimo, el Éxodo sí ocurrió, de que el número de israelitas era grande y, como hemos comentado anteriormente, de que la ciudad donde supuestamente vivían era de tamaño suficiente para albergar a una gran población hebrea.

Recientemente, sin embargo, se ha arrojado nueva luz sobre la cuestión de la ruta del Éxodo, así como sobre la ubicación del monte Sinaí. Me gustaría compartir algo de eso con ustedes. Yo, personalmente, encuentro la nueva evidencia bastante convincente, o ni siquiera se la ofrecería. Pero permítanme decirles de antemano que no soy dogmático al respecto, y que las personas razonables pueden discrepar.

Afortunadamente, hemos establecido bien dónde se encontraban los israelitas en Egipto: y eso era PRIMARIAMENTE en Gosén. Entonces, sabiendo de dónde partieron, ¿cuál habría sido su ruta? Bueno, sabemos que Dios NO los llevó directamente a Canaán por la ruta más directa, que habría sido un camino llamado el Camino de los Filisteos. En cambio, se nos dice que Dios los condujo por una ruta "a través del desierto". Aunque sabemos que finalmente llegarían a Canaán, ¿cuál fue su primer destino? Un tiempo antes, Dios había ordenado a Moisés que, cuando sacara al pueblo de Egipto, lo llevara inmediatamente a la Montaña de Dios. Hoy en día, la mayoría de las veces nos referimos a la Montaña de Dios como Monte Sinaí. Entonces, ¿dónde está la Montaña de Dios?

Retrocedamos un momento para averiguarlo. Moisés seguía en la corte del Faraón; pero después de matar al egipcio y huir para evitar ser procesado, sabemos que fue a la tierra de Madián. La ubicación de la tierra de Madián está bien establecida geográficamente a través de la arqueología y todo tipo de registros antiguos, por lo que es indiscutible. Madián está en el extremo occidental de lo que hoy llamamos la Península Arábiga. Allí, en Madián, Moisés se encontró con Dios en la cima de una colina...el incidente de la zarza ardiente.

Éxodo 3:1 nos dice lo siguiente acerca de ese acontecimiento: "Y apacentaba Moisés el rebaño de Jetro su suegro, sacerdote de Madián; y condujo el rebaño al lado occidental del desierto, y llegó a Horeb, el monte de Dios". Versículo 2: "Y el ángel del Señor se le apareció en un fuego abrasador de en medio de una zarza". Todavía en Madián, Moisés había trasladado sus rebaños hacia el lado occidental del desierto, el desierto, donde residía.

Ahora, un poco más abajo en Éxodo 3, en el versículo 12, llegamos a esta declaración tan importante; recuerda, todavía estamos en medio de la conversación de la zarza ardiente con Dios cuando la Biblia nos dice esto: "Y Él (Dios) dijo: 'Ciertamente yo estaré contigo (Moisés), y ésta será para ti la señal de que soy yo quien te ha enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, adorarás a Dios en este monte'".

Así que la misma montaña en la que Dios dio a Moisés sus órdenes de marcha para ir a sacar al pueblo de Israel de Egipto es la misma montaña en la que Moisés debía llevar a los israelitas al encuentro con Dios a su salida de Egipto. Así que el monte Sinaí no está en la península del Sinaí, sino en la península arábiga. ¿Podría ser esto cierto? Nada menos que el apóstol Pablo lo dice. En Gálatas 4:25 Pablo dice esto: "Ahora bien, esta Agar es el monte Sinaí en Arabia...".

No te obsesiones con el término Agar, porque Pablo sólo estaba utilizando a Agar (madre de Ismael) para hacer una ilustración. La información importante para nuestro tema actual está en la ubicación del monte Sinaí. ¿Dónde dice Pablo que se encuentra el monte Sinaí, también llamado monte Horeb, también llamado "el monte de Dios"? Arabia, que es donde está Madián. Filón, el gran filósofo judío, también dice que el monte Sinaí está en Arabia. Josefo, que vivió durante la época de Cristo, dice que era de conocimiento común que el Monte Sinaí está en la Península Arábiga.

Entonces, si la montaña donde la gente del Éxodo fue a recibir la Ley estaba en Arabia, ¿por qué todos los viajeros cristianos modernos, yo incluido, hemos ido a un monasterio en la punta de la Península del Sinaí que se identifica como "Monte Sinaí", ¿cómo el lugar donde Moisés recibió los 10 Mandamientos? ¿Por qué todos los libros actuales muestran que la ruta del Éxodo pasa por ese lugar en particular?

Bueno, antes de alrededor del año 300 después de Cristo, no había absolutamente nada cultural, tradicional o históricamente en Egipto, Palestina o Arabia, o en cualquier otro lugar para el caso, que conectara la punta del Sinaí como la ubicación de la Montaña de Dios... Monte Horeb, Monte Sinaí. No fue hasta que el cristianismo surgió como una religión totalmente gentil, y cualquier elemento de judaísmo era ahora tabú y estaba siendo rápidamente eliminado de la historia bíblica, que la Península del Sinaí fue considerada como el lugar donde los 10 Mandamientos, así como toda la Torá, fue recibida por Moisés. Y, algunos monjes ascetas, en el siglo IV d.C., que vagaban por la zona, y sintieron que una montaña en particular en la punta del Sinaí se parecía en parte a la descripción bíblica de la Montaña de Dios, así lo decidieron. Incluso dieron a esa montaña en particular el NOMBRE de Monte Sinaí. A partir de eso, y nada más, la Iglesia concluyó que ese era el lugar del que habló Moisés, construyó una iglesia allí, y eso es todo.

Veamos ahora otra cuestión: la travesía del Mar Rojo. En primer lugar, quiero decir que no voy a tratar de encontrar la manera de explicar la separación de las aguas y la desecación del fondo del mar utilizando algún fenómeno raro, pero natural. Fue un acto de Dios, un milagro imposible salvo por obra del propio Creador.

Como es bien sabido desde la antigüedad, existía una ruta comercial que atravesaba el centro de la península del Sinaí. De hecho, es probable que sea la misma ruta que Moisés utilizó para huir por primera vez a Madián como un joven fugitivo, y luego regresar para reunir al pueblo de Israel de la mano del Faraón. Y, esta ruta conocida conduce a un largo y sinuoso lecho fluvial, que atraviesa una zona montañosa salvaje, que desemboca en el

golfo de Aqaba..., un gran y profundo dedo del Mar Rojo, que separa el cuerpo principal del Sinaí de la Península Arábiga.

Al final de este desfiladero, que es el Pi-hahiroth, hay una enorme playa con capacidad para 2-3 millones de personas. Directamente al otro lado del golfo de Aqaba, es decir, en la orilla opuesta, hay otra playa de tamaño más que suficiente para que los israelitas que huían se hubieran reunido mientras veían cómo las aguas aplastaban y ahogaban al ejército del faraón. La cuestión es la siguiente: el golfo de Aqaba es muy profundo: hasta 300 metros en algunos puntos. Lo que hay que tener en cuenta es que cuando Dios dividió las aguas y secó el fondo del mar, la geografía no debía de ser demasiado inclinada desde la playa hasta el fondo del mar, ni demasiado rocosa o accidentada para que un par de millones de personas, con ancianos, niños, discapacitados, ganado, etc., pudieran recorrerla.

Entre las dos playas que le he indicado, una a cada lado del golfo, hay una parte elevada del lecho marino, a unos 15 metros bajo el agua. Es ancha, arenosa y relativamente plana. Si se drenara el agua del golfo en este lugar, encontraríamos un puente de tierra perfecto entre los dos lados del golfo, conectando las dos grandes playas.

Bueno, independientemente de su ruta de salida de Egipto, los israelitas son ahora libres, y fuera de Egipto, después de 400 años. En realidad, los israelitas escaparon de las garras del faraón 430 años después de que Jacob, Israel, entrara en Egipto a instancias de su hijo José. Estamos en el año 1350 a.C.

Aunque estamos estudiando a los israelitas, el resto del mundo no estaba sin actividad. Muy al norte, los asirios son una potencia nueva y creciente, con la construcción de un imperio en mente. Al oeste, los griegos navegan hasta Inglaterra e Irlanda. En el Mediterráneo, Creta, con una civilización, un arte y una ciencia muy avanzados, tal vez superiores incluso a los de los egipcios, desaparece repentinamente por razones que los eruditos siguen debatiendo hoy en día.

Las estimaciones del tamaño del grupo que Mosheh (Moisés) dirigió son de 3 a tres y medio millones de personas. Las únicas cifras que nos da la Biblia son que se incluyeron 600.000 hombres capaces de portar armas [Éxodo 12]. Si se considera que la "edad de portar armas" estaba comprendida entre los 17 y los 40 años, sería razonable multiplicar esa cifra por 5 o 6 para tener en cuenta a las mujeres, los niños y los ancianos de ambos sexos.

Muchos eruditos liberales dudan de la referencia bíblica a 600.000 varones, no por otra razón que la de que indicaría una vasta horda de gente tendente al mayor número que he mencionado. Todas las pruebas apuntan a ese gran número. Los egipcios tenían tanto miedo de la enorme población de los israelitas que tomaron la drástica medida de matar a los primogénitos varones hebreos para frenar su crecimiento; esto sólo habría perjudicado sus agresivos planes de construcción. Y sabemos que durante mucho tiempo después de la partida de los israelitas, la construcción en Egipto casi se detuvo y su civilización se estancó. Unos pocos miles de israelitas en una tierra que se calcula que estaba poblada por entre 10 y 12 millones de personas, en su mayoría egipcios, no habrían creado alarma por su presencia ni colapso económico por su ausencia. Sin embargo, si tal vez una cuarta parte de la población eran israelitas (como sugiere la Biblia), es un asunto totalmente diferente, y explicaría la grave recesión económica que se produjo tras su éxodo. Una cifra de entre 2 y 3 millones es totalmente probable.

Dios guio a los israelitas con una nube durante el día, y una columna de fuego por la noche [Éxodo 13]. Y, como mencionamos, durante las primeras 3 semanas viajaron de noche Y de día. Después de todo, en la mente del Faraón, los israelitas eran fugitivos; escapados, no refugiados.

Los israelitas eran plenamente conscientes de la presencia de Dios entre ellos. Al cabo de un mes de viaje, empezaron a asentarse muchas realidades de sus nuevas condiciones de vida. Una de las más importantes era cómo iba a comer una horda errante de 2 a 3 millones de bocas hambrientas. Se les permitió llevar sus rebaños y manadas con ellos, pero el grano era el alimento básico. Incluso si hubieran traído algo de grano, sólo habría durado unos pocos días semanas en el mejor de los casos.

Su ruta les obligaba a alejarse de las fuentes naturales de alimentos y agua conocidas: Se encontraban en un desierto salvaje que incluso hoy está habitado por no más de 4.000 personas. Pero, aunque hubieran seguido esas rutas, es impensable que hubieran podido organizarse para abastecerse de los enormes volúmenes de alimentos y agua que necesitaban. Alimentar a 2-3 millones de personas sólo podía ocurrir en ciudades muy estructuradas y sofisticadas como las avanzadas y magníficas ciudades egipcias de las que procedían: y aquí estaban ellos, urbanitos desplazados convertidos de repente en habitantes errantes de tiendas de campaña. No tenían ni idea de cómo sobrevivir en un lugar así.

La intendencia del ejército estadounidense ha calculado lo que se necesitaría para abastecer a 3 millones de personas. Diariamente se necesitarían, como mínimo: 11 millones de galones de agua, y la capacidad de todos los vagones de carga de dos trenes, cada uno de una milla de largo, para alimentos, ¡diariamente! Esto sin contar la comida y el agua necesaria para sus rebaños y manadas. Dios resolvió el problema de la manera más elegante. Simplemente hizo llover comida del cielo, según fuera necesario, en forma de maná; un alimento sabroso y nutritivo que fue su principal suministro de alimentos durante los 40 años que vagaron por el Sinaí [Éxodo 16]. Aburrido, pero aparentemente saludable. Y, como necesitaban agua, Yehoveh (nombre de Dios) se la proporcionaba, incluso haciéndola brotar de las rocas, aparentemente en enormes volúmenes [Éxodo 17]. Por cierto, al entrar en la Tierra Prometida, el maná cesó tan rápidamente como había empezado.

Unas 12 semanas después de salir de Egipto, llegaron al pie del monte Sinaí, también llamado monte Horeb. La cima de la montaña a la que Moshé ascendería estaba rodeada de nubes. Dios le llamó, y debió de ser como un déjà vu (algo ya vivido) ya que Moisés recordó 40 años atrás cuando se encontró con Dios en la Zarza Ardiente en este mismo lugar. Allí, Dios reiteró las promesas que había hecho a Moisés y a los israelitas durante la destrucción de la voluntad del faraón en Egipto [Éxodo 19-31]. Pero Yehoveh (el nombre de Dios) incluso fue más allá. "...si guardas mi pacto.....entonces serás Mi propio tesoro de entre todos los pueblos...serás un reino de cohanim (sacerdotes) para Mí, una nación apartada".

Moshé vuelve a bajar de la montaña y reúne al pueblo. Ciertamente, un par de millones de personas no oyeron personalmente la voz de Moshé. Pero, a los líderes y ancianos que sí oyeron a Moshé anunciar lo que Dios acababa de decirle, respondieron: "¡Haremos todo lo que el Señor ha dicho!". Sube de nuevo a la montaña y recibe los 10 Mandamientos. En realidad Moisés sube y baja de la montaña varias veces durante las cuales mucha doctrina

y ley es dada a Moisés por Yehoveh (nombre de Dios). Estas leyes y mandamientos son la Torah; pensamos en ella como los primeros 5 libros de nuestra Biblia. Las Biblias modernas usan la palabra "Ley" cuando traducen la palabra "Torah"; este es un nombre equivocado muy grande que nosotros exploraremos más adelante.

En un viaje de regreso por la montaña, Moshé vuelve para encontrar que muchos de los israelitas descontentos habían construido un Becerro de Oro para adorarlo [Éxodo 32, 33]. Cuatrocientos años en Egipto habían contaminado su culto, y muchas de sus prácticas se habían vuelto paganas y una abominación a Dios. El Becerro de Oro era sin duda una representación del Toro Apis, una deidad suprema de los egipcios, de la que el pueblo era plenamente consciente y probablemente participó en la adoración durante sus siglos en Egipto. Moshé, enfurecido, arroja furioso las tablas de piedra de los 10 Mandamientos, y sigue las órdenes de Dios de que los aún fieles maten a tantos adoradores del Becerro como puedan. Se produce un baño de sangre y los rebeldes son purgados.

Fue en el monte Sinaí donde los levitas fueron ungidos por primera vez como sacerdotes de Dios, y Aarón como el primer Sumo Sacerdote. Entre las instrucciones que Dios dio a Moisés, estaba la de construir un modelo terrenal de la morada celestial de Dios, de acuerdo con unas normas muy estrictas. Este Tabernáculo del Desierto era una tienda elaborada y ricamente decorada que debía viajar con los israelitas. Alrededor de la tienda, que constaba de dos compartimentos, había un gran patio donde los sacerdotes oficiaban mientras los fieles israelitas llevaban sus sacrificios de animales para sacrificarlos y quemarlos en el Altar de Bronce. Dentro de la tienda había un mobiliario ritual especial, el más famoso de los cuales era el Arca de la Alianza con su tapa especial, llamada Propiciatorio. El Arca se colocaba en el compartimento posterior de la tienda, el llamado Lugar Santísimo. Era allí donde Moisés se reunía con Dios cuando éste le llamaba.

Después de un año acampado en la base del monte Sinaí, Moshé conduce al pueblo al oasis de Cades-Barnea [Números 10, 11]. Cades estaba en la frontera sur de la tierra de Canaán, la tierra que habían sido enviados a reclamar. Era un viaje de 150 millas en 11 días, pero sobre un terreno muy áspero, rocoso, seco y abrasador. El pueblo se quejó durante todo el camino. Ahora, a poco más de 15 meses de su viaje a la Tierra que Dios les había prometido, los ánimos estaban caldeados. No creían que pudieran aguantar mucho más. No sabían lo que les esperaba. La hermana de Moshé, Miryam, una de sus más firmes partidarias, se pregunta en voz alta si Dios y Moshé tienen idea de lo que están haciendo. Es golpeada con lepra por su pecado de desprecio e incredulidad [Números 12].

Al llegar a Cades, Moshé envía inmediatamente espías de reconocimiento, sabiendo muy bien que la tierra prometida, Canaán, está habitada por gentes que no estarán encantadas con la perspectiva de que 3 millones de extranjeros no invitados se presenten a sus puertas [Números 13, 14]. Quiere saber a qué se enfrentan. Se envían doce espías, uno de cada tribu. Regresan con historias contradictorias. Diez dicen que, aunque la tierra es todo lo que Dios prometió, sus habitantes son grandes, fuertes y están bien armados. Que sería un suicidio enfrentarse a ellos en una batalla. Y'hoshua (Josué), miembro de la tribu de Efraín, y Kalev (Caleb) de la tribu de Judá, tienen una impresión diferente. Piensan que los israelitas deben atacar inmediatamente, y apoyarse en la promesa de victoria de Dios. No por casualidad, serían las tribus de Efraín y Judá las que un día se convertirían en dominantes sobre las demás tribus de Israel, y las dos tribus a las que Jacob bendeciría con la bendición de primogénitos para convertirse en los líderes de Israel.

Los rumores se extienden por el campamento. La gente no tiene ningún interés en la

batalla. Su expectativa era que la parte más dura de su transición a un nuevo hogar sería el viaje... en sí mismo. Se quejan y lloran y se rasgan las vestiduras con angustia, preguntándose por qué Dios los traería aquí, sólo para morir. Entonces, lo impensable: motín [Números 21]. Deciden nombrar un nuevo líder y prescindir de Moshé. Mala idea. Dios decide que va a juzgar a estos rebeldes con mordeduras de serpientes venenosas, enfermedades y todo tipo de pestes. Moshé suplica a Dios que perdone la rebelión del pueblo, y Dios cede.

Sin embargo, las acciones del pueblo tendrán un precio: Dios declara que ninguno de los israelitas en edad de rendir cuentas vivirá para entrar en la Tierra Prometida, excepto Y'hoshua (Josué) y Kalev (Caleb), que hicieron todo lo posible para persuadir a su pueblo de que creyera en Dios. Tristemente, por otras razones, esto también se aplicará a Mosheh.

Así, en el umbral de siglos de promesas, los israelitas son rechazados y devueltos al árido desierto. A sólo dos años de vivir en casas de adobe en las grandes ciudades de Egipto, tres millones de israelitas viven ahora como los beduinos, viajando de oasis en oasis, en tiendas de piel de cabra.

ENTRAR EN LA TIERRA PROMETIDA

Finalmente, a la hora señalada, los israelitas iniciaron de nuevo su marcha hacia Canaán, la Tierra Prometida [Números 20, 21, 22]. Esta vez, no dudaron en avanzar y seguir a Dios. Rodearon y evitaron las tierras de Moab (llamada así por un hijo de Lot) y Edom (otro nombre de Esaú), y se enfrentaron a un enemigo menos formidable en Hesbón, al norte de Moab. Lucharon, ganaron y utilizaron la zona como base para su ataque a Canaán. Dos tribus y la mitad de otra decidieron no ir más lejos y establecerse allí, en el lado oriental del río Jordán, FUERA de la Tierra Prometida.

Alrededor del año 1300 a.C., los israelitas se encuentran en la orilla oriental del río Yardén (Jordán), listos para tomar posesión de Canaán. Moshé muere [Deuteronomio 34]. Lo lloran durante 30 días. Mosheh (Moisés), el profeta más grande, es el único profeta que conoció a Dios cara a cara. La Torá (los 5 primeros libros de la Biblia) deja claro que mantuvo una conversación audible con Dios durante todo su ministerio. Y'hoshua (Josué) es entonces ungido como el nuevo líder, y a partir de la próxima lección le seguiremos mientras conduce al pueblo de Dios a su nuevo hogar.